

## Vigésimocuarta Conferencia. 31 de diciembre de 1917.



George Groddeck  
Biblioteca de Psicología Profunda.  
Editorial Paidós. 1983.

Quiero terminar hoy, por fin, el historial anterior, aunque quede incompleto. Me agradecería explicar todas las diversas fases pero tengo que limitarme a lo principal. He hablado bastante sobre la afección de la rodilla y la del intestino; me vuelvo ahora hacia el síntoma de los riñones y la vejiga, que había quedado relegado al último plano, pero que a pesar de todo condujo a la presencia de albúmina en la orina y a una hinchazón de los pies. Por sí sola, la pérdida de albúmina no es aún prueba de una enfermedad renal; sobreviene durante cierto tiempo y vuelve a desaparecer. No es raro que alguien que hace esfuerzos y practica deporte pierda albúmina. Hay también personas que la pierden toda su vida y que no obstante tienen muy sanos los riñones. En los comienzos de mi práctica encontré un caso de esa índole. Un caballero de cierta edad, que había gozado siempre de buena salud y era un buen financista, acudió a verme cierto día. Debía ser elegido director de una compañía de seguros de vida y se le pedía que antes asegurara la suya. En aquella ocasión se le encontró albúmina en la orina; entonces se le presentaron dificultades y a partir de aquel momento se convirtió en un enfermo; tuvo la impresión de haber enfermado y realmente enfermó. Se le dijo que se trataba de una enfermedad benigna, y recuperó su alegría y su salud; sólo permaneció aquí ocho días. Las secreciones de albúmina no son tan raras. Lo grave en las enfermedades renales no son las pérdidas de albúmina, sino las grandes y profundas perturbaciones que sobrevienen de otro modo. Una pequeña cantidad de albúmina carece de importancia para la economía del cuerpo; es únicamente un síntoma de que algo anda mal en los riñones, de que hay tal vez una inflamación. Esto es igualmente válido con respecto a las pérdidas de azúcar, a las pérdidas de semen y a los flujos blancos de las mujeres. Nada de esto posee un efecto debilitador; a lo sumo es utilizable como síntoma por el médico de cabecera, que a partir de allí puede establecer un diagnóstico. En mi enfermo había pérdidas de albúmina a las que yo no atribuía mayor importancia. Durante todo el curso de la enfermedad son las asociaciones de palabras el elemento decisivo, y éste fue también el caso en lo concerniente a la afección de los riñones y de la vejiga. El enfermo tenía un nombre (Wassermann) que, de querer prestársele atención, podía y debía ser interpretado con referencia a la actividad de los riñones. Era un nombre que le causaba muchas dificultades, a él especialmente, porque a otro no le habría hecho la menor mella. Y a causa de ese nombre habían sobrevenido los síntomas de los riñones y la vejiga. El nombre posee gran importancia, como se lo ha podido advertir recientemente. En este caso se vincula con la famosa reacción de Wassermann [test de la sífilis; literalmente hombre de agua, aguador]. Esta reacción nunca se habría propagado con ese nombre si no hubiera sido, precisamente, una reacción de “aguador”. En los últimos decenios ya no era de uso designar las reacciones de este tipo según su descubridor. La exactitud se había vuelto muy grande, y se las designaba con una fórmula química, no con el nombre de su inventor. En la de Wasserman, no ha ocurrido de ese modo; se la ha llamado reacción de Wassermann, porque -ésta es mi convicción- el *Wassermann* es el miembro viril, y porque la sífilis se relaciona con el acto sexual. Por las apariencias, son nombres aplicados arbitrariamente; pero, en rigor de verdad, resultan de una necesidad humana. El agua desempeña un gran papel. Y, en el caso de mi enfermo, a ello se añadía el conocido síntoma de la enuresis nocturna, lo cual condujo a dificultades que se pusieron de manifiesto en el campo del sadismo y del masoquismo y acerca de las cuales me agradecería insistir más adelante. Había allí todo tipo de fantasías de golpes, oprobios, insultos y mofas: todo lo que puede herir al

alma humana. Y se sumaba una tercer cosa, algo que no me resulta agradable mencionar, porque la mayoría se aparta de ella, pero que era el punto decisivo. Se trata de un hecho de su infancia, un hecho que parece curioso pero que no es raro. Es un juego que a los muchachos les gusta: ver quién orina más lejos. También él lo jugaba. Luego se orinó en la boca, cosa que no le parecía tan grave; sólo le resultaba desagradable la idea de que se supiera. Toda la historia parece increíble y supera en mucho los límites de la cochinería habitual; pero no es en absoluto el caso. Orinarse en la boca no es una cosa rara. A cierta edad los muchachos se lo hacen mutuamente; es algo que se relaciona con ideas de fecundación y coito. En este contexto la orina tiene suma importancia. La micción desempeña un gran papel en los niños, y todo el proceso es una especie de intento de autofecundación, o una fecundación mutua. Los niños no lo saben, pero son ideas que se pueden descubrir si se es lo bastante paciente para quebrar la resistencia y remontarse hasta los últimos resortes. Lo que impresionaba desagradablemente al enfermo era que aquello pudiera alguna vez llegar a saberse. Ahora bien, hay aquí otra cosa que desempeña un papel muy curioso: el secreto. Es un papel que el secreto desempeña, por lo demás, en todo el mundo. Todo niño, todo ser humano obtiene un enorme placer del secreto, de lo que sólo él posee, de lo que no comparte con nadie. Todo niño es dueño de un objeto, de un juego, que esconde. Al adulto esto suele parecerle carente de sentido y no sabe qué hacer con ello.

Pero a este estado realmente curioso se debe el que ningún individuo humano pueda ni quiera comunicarse del todo. Por otro lado, el secreto es también algo terrible; a menudo muchos deseos se tornan angustiosos. Por eso, casi siempre se siente que alguna vez podría descubrirse el secreto. En nuestro paciente ello se manifestaba en un síntoma determinado: no podía orinar en presencia de otra persona. Esto a veces duraba un rato, pero a menudo no orinaba en absoluto. Y si pasaba delante de una fuente o de cualquier otra forma de agua en movimiento, sentía ganas de orinar. Son síntomas corrientes. El hecho de que un ser humano no pueda orinar en presencia de otro es más importante de lo que se cree; con frecuencia provoca dificultades en el matrimonio. Y aun cuando la pareja no se destruya del todo puede estropearse su felicidad, porque las bases de ésta se echan en las primeras veinticuatro horas de matrimonio. Si en ese lapso se presenta una molestia, una disimulación, o una mentira recíproca, como ocurre frecuentemente cuando llega el momento de desvestirse y orinar, entonces ya hay algo que perturba a la pareja y que en algunas circunstancias adquiere grandes dimensiones y provoca un alejamiento cada vez mayor. Estos hechos determinaban en mi enfermo los síntomas de los riñones y la vejiga, que no habían merecido toda mi atención. Además tengo que mencionar otra cosa importante: las relaciones entre sus inclinaciones sádicas y masoquistas y su enfermedad. En su infancia sus padres le habían pegado cada vez que mojaba su cama. Esas palizas influyeron mucho en él y en sus juegos de niño. Que eso estuvo en el centro de su vida, lo señalaba bien la elección de su profesión, así como la circunstancia de sentirse feliz en ésta. La profesión de soldado se basa en la violencia; requiere una intensa pulsión a la violencia, una acentuación del impulso de golpear. Al principio, esto ya se había revelado en los juegos infantiles, tanto en los de la escuela como en los de la familia, y posteriormente pasaron a primer plano una cantidad de otras cosas, que fue lo que condujo a la elección de la profesión, a las fantasías de batalla (*Schlacht* -batalla- y *schlagen* -golpear- están ligados) y a las de espionaje en un país enemigo. En seguida se añade algo muy curioso: ciertos castigos que se infligía él mismo. Se castigaba con golpes, flagelándose, lo que intensificaba aun más su excitación sexual. También practicaba el ayuno y la familiaridad con los peligros y las fatigas propios de la guerra, lo que en rigor no es nada más que un derivativo del impulso de golpear, que siempre se expresa en forma de cama dura, ropa ligera y alimento frugal. Esto sobrevino durante su pubertad; luego llegaron los períodos de oficial, en los que pudo llevar resueltamente a la práctica los dos aspectos, el sádico y el masoquista, al ordenar y al obedecer. Y las fantasías continuaron. La esposa y el hijo murieron, y las fantasías sádicas y masoquistas se desarrollaron nuevamente y se manifestaron, en parte, en dolores muy fuertes y también en las operaciones. Se puede hablar de una manía de operación, de un delirio de operación. Comienza con la extracción de las muelas y continúa con la apendicitis, los ovarios, las amígdalas, las operaciones de la nariz, etcétera. Para todo se encuentra una razón, pero el órgano en cuestión cae enfermo a fin de que se lo pueda operar.

La operación parecía justificada: el órgano estaba enfermo. Se lo abrió para llegar a la operación, únicamente para tener el sentimiento de placer de hallarse bajo el bisturí. Así sucedieron las dos operaciones, y no es que yo lo invente: él mismo lo contó. No todas las operaciones se reducen al deseo de sufrir,

pero en este caso sí. Además hay que agregar la privación de libertad por el cloroformo. Cuando uno está cloroformado se encuentra totalmente entregado a otro. El enfermo no quiere sentir dolor; sólo quiere tener la representación, el sentimiento de placer de ser torturado sin que se lo torture.

Estas historias de operaciones son interesantes e influyen mucho en la vida. Sin duda se producirá un cambio brusco en los próximos años, que ya comenzó antes de la guerra. La cirugía empezaba ya a pasar a un segundo plano. Es cierto que con las heridas se han vuelto más frecuentes las operaciones, pero durante esta guerra se ha operado mucho menos que en otras anteriores, y seguramente las intervenciones quirúrgicas disminuirán finalizada la guerra. Al primer plano pasará la medicina no cruenta; después vendrá nuevamente la cirugía.

La inclinación a hacerse operar y la inclinación a estar enfermo eran una razón de su dolencia. Ya he hablado reiteradamente de ello. Las enfermedades tienen una finalidad. Cuando se reflexiona sobre esto se descubre que el ser humano crea sus enfermedades, no de un modo arbitrario, sino bajo el efecto de una compulsión interna. En este caso, la pasión de golpear y de ser golpeado resulta decisiva para el dolor. Si alguien no puede proporcionarse de otra manera esta posibilidad, y si la pulsión no puede manifestarse libremente, entonces la enfermedad resulta cómoda: ofrece a la persona la oportunidad de atormentarse y de atormentar a los demás. En la enfermedad misma reside el doble principio del masoquismo y el sadismo: una de las mitades del ser humano atormenta a la otra mitad. El enfermo no sólo se atormenta a sí mismo, sino también a los que le rodean. Hay que cuidarlo, y esto acarrea molestias. Puede muy bien ser un ángel de paciencia y apartarse por completo; pero está enfermo, exige ciertas atenciones y de este modo domina a su ambiente. Tiene, por otra parte, la impresión de ser inferior; los enfermos tienen casi siempre la impresión de ser inferiores a las personas sanas. Hay en la enfermedad un intenso goce espiritual, que a menudo representa el obstáculo más complicado para la cura. Y a la enfermedad se suma la finalidad. ¿Qué quiere el enfermo? ¿Por qué está ahí la enfermedad? Insisto en este caso, porque es instructivo a este respecto. El hombre había enfermado para no tener que casarse de nuevo; ésta era la solución del enigma, es decir, para no tener que volver a vivir la muerte de otra mujer y del hijo que pudiera tener de ella. Había aquí una finalidad mucho más profunda y que sólo se puso de manifiesto cuando ya era tarde. Contrajo su dolencia no sólo para no casarse, sino además para no casarse con nadie que no fuese su hermana. Su alma se consideraba incapaz de amar a criatura alguna que no fuese su hermana. Parte de su alma deseaba casarse con ella, la buscaba sin que él mismo lo sospechase: el deseo de la hermana estaba en la subconciencia. La muerte de su esposa y su hijo no sólo significaba la idea de ser castigado por incesto; más importante aún era el hecho de abrigar este sentimiento en lo más profundo de su ser: he sido infiel a mi hermana, por eso me han castigado, por eso me los han eliminado, por eso no debo casarme de nuevo. Reconociendo, pues, la prohibición, viviéndola en lo más hondo de su ser, su enfermedad era el mejor obstáculo contra todo pensamiento amoroso y le permitía desechar por completo, durante algún tiempo, sus fuertes tendencias sexuales. Si la idea de dar con otra mujer llegaba a atormentarlo, entonces sus síntomas se hacían inmediatamente más intensos y toda la excitación sexual decaía; así era más fácil seguir siéndole fiel a la hermana que si hubiera estado sano.

La compulsión de querer poseer a una persona se dirige casi siempre a la madre no a la hermana. Ya he tratado de hacerlo comprender; es el deseo precoz de poseer a la madre, de casarse con ella, de tener hijos con ella. Y lo mismo ocurre con respecto al padre. Es necesario que en determinado momento de la vida se elimine este deseo, y en muchas personas esto sólo es posible si se las ayuda. La primer ayuda la da la madre, pero la mejor consiste en alejar de sí a los hijos en el momento oportuno. Lo vemos en los animales, pero los seres humanos son tan originales que las madres retienen a sus hijos, los retienen con el mayor refinamiento posible y los sujetan en un momento en que ya no debería ser necesario. Deberían liberar de la fascinación sexual a sus hijos. Pero no lo hacen; al contrario, los mantienen en ella, y como consecuencia resulta, con mortal certidumbre, una enfermedad. Traigo a la madre al primer plano; también podría mencionar al padre, pero éste no puede desempeñar el mismo papel porque no entra en un contacto tan estrecho con el hijo. Sin embargo, para las criaturas del sexo femenino es un motivo de enfermedad, y lo es también para los chiquillos, puesto que es su rival, un rival al que el hijo debe eliminar. Son cosas muy complicadas. Todos aquellos que me conocen desde hace cierto tiempo saben que en fin de cuentas, cuando

se trata de un tratamiento complicado, siempre termina por salir a luz la circunstancia de que las raíces del mal estriban en la relación con la madre y el padre, pero sobre todo con la madre. Es un hecho establecido inexorablemente.

En aquel enfermo acaso se habría hecho presente, si hubiera sido necesario (no lo fue), que también para él la hermana no era más que un sustituto de la madre, que el anhelo inicial iba dirigido a la madre, no a la hermana. Y aquí podría dejar yo este caso, puesto que el curso de la enfermedad se ha hecho claro, pienso. Queda todavía por saber cómo transcurrieron la cura y la convalecencia; pero esto supera mis fuerzas expositivas. Lo que sí puedo demostrar es que, cuando se logra desarrollar y analizar todo el curso de la vida, se produce una mejoría que se transforma en cura si se dispone de tiempo para aguardarla, con la condición, asimismo, de que se logre hallar y desterrar todas las raíces. Pero el modo como esto opera, la manera en que el descubrimiento de la vida y de las conexiones vuelve sano al ser humano, no me siento competente para explicarlo. Tan sólo puedo enunciar el hecho e ilustrarlo con el material de que dispongo. No creo que nunca se haya curado de otra manera a ser humano alguno. No quiero decir que todos los médicos adopten ese camino; tampoco es necesario que lo hagan pero es el que yo he tomado, el que a mí se me ha revelado. Sin duda hay muchos otros. Ahora bien: es a partir de ese punto de vista, esto es, del hecho de que se han despejado complejos que estaban gravitando, que lo considero todo, hasta las operaciones y el efecto de los medicamentos.

No se adelanta mucho si se dice que todas las curas son, en última instancia, curas psíquicas. Y quiero ahora detenerme en estas breves referencias; sólo me falta completar aún algunos puntos interesantes, la ocasión la proporciona mi enfermo. En su cuadro clínico figura en primer plano el síntoma intestinal, y sobre esto me gustaría insistir de una manera general, porque desempeña un gran papel en la vida humana. El vientre desempeña una función muy importante en la circulación y en las relaciones mecánicas del ser humano. En este punto quiero llamar la atención sobre las cosas psíquicas y sobre las excreciones fecales. Pongo siempre de relieve que se trata de ideas de embarazo, pero hay otras cosas que también son interesantes y que parecen actuar independientemente. Me gustaría partir de la constipación, un mal muy difundido. Con él tiene que ver el deseo de tener un hijo y de no quedar desembarazado nuevamente muy pronto. El alma no quiere soltar al hijo y el esfínter anal se cierra. Una cosa que pertenece a la personalidad no debe liberarse de ésta: un hijo, un hijo imaginario de la fantasía, también un secreto. El ser humano abre la boca, pero en cambio cierra el otro orificio. Hay algo que no quiere dejar salir, y no deja que salga el excremento. Durante los días en que alguien está constipado puede descubrirse la idea de embarazo y la voluntad de no decir algo relacionado con esa idea. Y en tercer término aun cuando ello no se da en todos, está el gasto de dinero. Aquel que, de una manera general, no sufre dificultades con sus excreciones y que se constipa todo un día no tiene más que reflexionar, averiguar el nombre y la hora, y rápidamente caerá sobre una factura o sobre un gasto inminente que debe hacer y que no querría hacer, o que querría hacer pero no se atreve porque es demasiado caro para él. Se entabla un combate: cierra el bolsillo, porque no quiere gastar. Del oro a las heces, es lo mismo; por el color de las heces, hemos llegado al oro. Se trata de algo que desempeña un papel de suma importancia. Las personas que siempre están constipadas no son avaras ni económicas (por lo común es así), pero hay casi siempre escrúpulos: el gastar dinero ha representado un papel incómodo. Y con la diarrea no se trata, en rigor, de una cosa distinta; también aquí se esconde una calamidad económica, porque hay que gastar. Las personas que sufren de diarrea se encuentran en una relación desproporcionada con el gasto de dinero, sólo que lo hacen de otra manera. El constipado cierra el bolsillo, y el diarreico piensa: al fin y al cabo queda muy poco; voy a arrojarlo. ¿Para qué conservarlo?.

¿De dónde viene esto? El dinero está, efectivamente, entre lo más importante que hay en la vida; a decir verdad, es lo importante para el adulto. Para el niño, en un primer período, lo más importante son sólo sus heces; entorno de éstas gira su vida, en ellas encuentra su primer placer, en la excreción tanto como en la retención. Gastar o no gastar; en torno de esto gira todo. La importancia tremenda que tienen los asuntos de pañales en las primeras semanas del niño es asombrosa; pero los humanos son ciegos: ni lo ven, ni quieren verlo. La predilección que tiene el niño por las heces, y también por los momentos que las preceden, en los que se ejerce presión sobre los nervios, se relaciona igualmente con lo excretado; para los niños es un

juguete. Cada vez que un niño está en una sospechosa tranquilidad, generalmente es tiempo de alzarlo y de cuidar que no se ensucie demasiado. Si se le deja libre curso, el niño se embadurna con las heces y en ocasiones empieza a comerlas. Hubo una época en que se comenzó a fajarle las piernas; ahora no se lo hace más y se procura limpiarlo lo más pronto posible.

También para el adulto sigue siendo importantísimo el problema del excusado y las excreciones. Dadme dinero y pan no es tan importante como el problema: procuradme un cuerpo aliviado. Querría además subrayar qué sitio tan interesante es el excusado, y siempre ha sido así. Si no, visiten, por ejemplo, el de una estación del ferrocarril: casi siempre se encontrarán los muros adornados con las más delicadas inscripciones; generalmente se refieren al amor y a la sexualidad. Ya la expresión “lugarcito”<sup>1</sup> significa dos cosas: primero, el sitio donde uno se alivia de su carga, pero también el órgano sexual femenino. Cuando uno frecuenta a artistas observa que generalmente no muestran sus creaciones propiamente dichas, aquellas de las que se sienten orgullosos; pero si se forma parte del círculo digno de conocer los pensamientos más bellos e íntimos del artista, entonces éste exhibirá dibujos en los que hay un mojón o que representan una excreción. De tamañas proezas se sienten orgullosísimos, pero quien no se gana la confianza de ellos nunca llega a verlo. El miembro viril aparece magnificado por ellos, y lo representan con alas o piernas. En los cuadros más inocentes se encuentra a menudo algo asombroso, que únicamente el ojo del artista descubre, el del pintor mismo, algo con lo que le dice al mundo: “esto es lo más importante”.

Las excreciones tienen gran significación sexual. No es exacto, en absoluto, que al ser humano le asqueen sus propios excrementos. Los considera sin ningún prejuicio y se siente satisfecho de su prodigalidad. Pero no le complace la prodigalidad ajena; al contrario, le repele. No se fastidia por haber metido la mano en sus propios excrementos. Quizás se lava, pero no porque sienta asco, sino porque se le ha inculcado: “de veras, debería asquearte”. Lava el sentimiento de culpabilidad, como Pilatos.

*Volver a Publicaciones Georg Groddeck*  
*Volver a Newsletter 15-ex-41*

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE  
<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>  
Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org).

---

1.- En francés suele usarse, en lenguaje coloquial, la expresión “*le petit endroit*” y en alemán “*das Oertchen*” para designar al excusado. [T].